

Teresa ONTIVEROS

RESUMEN

Este trabajo intenta mostrar los cambios que se vienen produciendo en los barrios caraqueños de fin de siglo, cómo estos cambios: densificación, violencia intra y extrabarrío, fragmentaciones sociales, etc., originan un *estremecimiento de la identidad local y memoria popular urbana*. Es en esta panorámica estructural, que se hace necesario repensar el barrio a partir de la recuperación del *sentido de pertenencia, de la participación, expresión y principio de ciudadanía*, con la finalidad de que de estas roturas y descosidos del tejido social popular, podamos hacer cultura y costura por la reconstrucción de un hábitat popular creativo y solidario.

PALABRAS CLAVE: BARRIO, DENSIFICACIÓN, IDENTIDAD TERRITORIAL, MEMORIA ESPACIAL, SENTIDO DE PERTENENCIA, EXPRESIÓN, CIUDADANÍA, HÁBITAT CREATIVO.

CULTURA Y COSTURA DEL HÁBITAT POPULAR URBANO.

Notas referenciales para una construcción analítica alrededor del hábitat creativo, cultura y participación en la ciudad de Caracas, Venezuela ¹

ARTÍCULOS

ABSTRACT

This work tries to show the ongoing changes in the barrios (popular city quarters) of Caracas in the last years of the century, and how these changes (increase in population density, violence in-and-outside the barrios, social fragmentations, etc.), generate a *shock in the local identity and the urban popular memory*. Under this structural view, the *barrio* must be re-conceived on the basis of the recovery of the *sense of belonging, participation, expression, and the notion of citizenship*. And from these torn and frayed seams in the social and popular weave, we aim to produce *culture and seams* as the basis for the reconstruction of a solidary, creative popular habitat.

1. El texto fue enviado al *Coloquio Internacional: Hábitat, culture et participation: quels innovations pour quel développement?*, celebrado entre el 27 y 29 de septiembre de 1995, organizado por el Institut de Recherche Construit (IREC), Departement d'Architecture, Lausanne, Suisse.

I/ LOS BARRIOS DE FIN DE SIGLO

Al proponernos reflexionar sobre el hábitat popular urbano, nos sentimos tentados a realizar un estudio diacrónico de aquellos aspectos que permitieron la creación de los asentamientos populares urbanos. Hoy día nos parece más urgente dar cuenta de lo que sucede, viven, estos espacios autoproducidos en la ciudad de Caracas de fin de siglo.

Hacer un recorrido por los barrios de la ciudad capital es percatarnos de la heterogeneidad arquitectónica que en ellos se vive y se produce, podemos encontrarnos con barrios con un crecimiento incipiente (de recientes ocupaciones), barrios donde se conjugan viviendas tipo ranchos, esto es, en una primera fase de producción, materiales de desechos, con viviendas de dos, tres pisos, y barrios donde encontramos desde ranchos hasta viviendas-edificaciones con más de cuatro pisos. Ello nos muestra los cambios que se han originado aproximadamente desde los años setenta en estos asentamientos populares, donde los grados de ocupación del espacio se han intensificado en muchos de ellos; pudiéramos indicar entonces que es prudente referirnos a los espacios autoproducidos, como barrios de contrastes, que indefectiblemente nos muestran el paso del barrio-pueblo al barrio-ciudad.

Definitivamente, lo que sí nos aportan estos barrios de contrastes es que, cualquiera sea su grado de ocupación, uno de los principales agentes de su producción es el habitante

del mismo, quien ha contribuido en la medida de sus posibilidades a la conformación de estos espacios de la vida, para la familia, hoy día para el trabajo, para la sobrevivencia.

El barrio es una propuesta nacida de sus habitantes, con virtudes y defectos. Ha sido una acción de apropiación de un espacio² que en sus orígenes implicó el trabajar mancomunadamente entre sus miembros, determinar el uso de las parcelas, las divisiones imaginarias de un hogar a otro, el cercado o fronteras familiares; pero como el barrio no es solamente la vivienda, más allá de ésta se buscaron los mecanismos idóneos para la construcción de calles, dejar un espacio potencial para la escuelita, el dispensario, la bodeguita popular, los espacios donde se ubicarían las pilas de agua para el consumo familiar y del colectivo del barrio. Esta necesidad de construir una trama comunitaria lleva a los habitantes del barrio a la lucha colectiva, algunas veces el enfrentarse a las autoridades por un derecho a su permanencia en suelo urbano, otras a partir de las solicitudes y exigencias a las instituciones del Estado de los recursos necesarios para el mejoramiento del barrio y de las viviendas.

Esta historia y memoria del barrio, de cómo se construye, se hace prudente, ya que en esta primera etapa encontramos un vasto movimiento de familias, grupos, que interactúan por la conducción y satisfacción de las necesidades inmediatas surgidas tras la ocupación del espacio. Estos intentos si bien revelan una autoorganización puntual, también nos revelan las potencialidades y creatividades de un grupo social que se

2/ Apropiación evidentemente desigual, ya que para los excluidos no sólo del reparto equitativo de la riqueza, les queda el uso de terrenos en pendientes, cerca de las quebradas, debajo de puentes, alejados de sus zonas de trabajo y de zonas de recreación o de los espacios públicos de la ciudad.

enfrenta al desafío de crear un espacio colectivo donde nuevas formas de vida tanto social como cultural, amalgamadas de las historias y trayectorias residenciales de sus miembros, tendrán eco y resonancia.

Quizás lo que llame más la atención a un estudioso de lo social es cómo la ingeniosidad, la capacidad de un colectivo heterogéneo desde sus orígenes, cargados con códigos referenciales disímiles, permitieron resemantizar un espacio donde múltiples experiencias societales tendrían sentido y expresión, sin que ello constituyera un «caos cultural». Más bien, de este mosaico y piezas de identidades se va produciendo, según el antropólogo Emanuele Amodio, un *horizonte cultural*, donde "...los grupos subalternos intentan, en los espacios 'marginales' que han conquistado, reconstruir un mínimo de horizonte cultural que les permita sobrevivir en el contexto urbano y resolver la 'crisis de sentido' que la fragmentación cultural conlleva. En este proceso, sobre todo a nivel cultural, estos grupos echan mano de todos los recursos a su alcance, desde residuos de sus culturas de origen, hasta apropiaciones de elementos culturales y, naturalmente, nuevas producciones, para recomponer o producir por primera vez una forma cualquiera de identidad de grupo que redunde en referencia para la construcción de la identidad individual" (Amodio, 1995:92).

En este sentido, el hábitat producido por los sectores populares, pudiéramos indicar, responde a una expresión creativa, participativa de sus hacedores, como bien lo expresa el investigador Germán Solinis: "Los diferentes modos de ocupación, de construcción, de ordenación, de concepción del espacio producido por sus propios habitantes y los procesos de socialización que se originan, son *la expresión de la dinámica cultural de los grupos que la construyen*. Esos espacios de vida son así vectores de expresión directamente vinculados a los procesos de arraigo, de territorialización y de apropiación, así como del

doble proceso de resistencia y de adhesión al modelo urbanístico dominante donde se enfrentan los procesos de dominación-reproducción-desintegración y los procesos de liberación-creación-transformación del desarrollo urbano» (Solinis, 1990:20. Traducción nuestra).

En este proceso dialéctico de creación y tensión social, encontramos en estos últimos años que el esfuerzo por construir un hábitat digno ha sufrido sus bemoles: las desigualdades socioeconómicas que cada vez más se intensifican en nuestro país, la feminización de la pobreza, la crisis de la vivienda, entre otros factores, hoy día nos alertan de las metamorfosis que se están produciendo en torno al hábitat popular urbano, «la década de los 80, considerada por los expertos en economía y política, la década perdida, también lo es para los sectores populares. La crisis estructural acentuada por la inflación, la inestabilidad de nuestra moneda, el gasto fiscal, la deuda externa e interna, la crisis habitacional, el deterioro de los servicios y equipamientos de la ciudad y de los barrios, el crecimiento paulatino de la pobreza extrema (algunos analistas la señalan por el orden del 42% para 1980), indefectiblemente han repercutido con fiereza en los sectores populares. La crisis socioeconómica comienza a reflejarse en los cambios internos que se observan en los territorios populares, dando paso al barrio-ciudad; un ejemplo dramático que viene repercutiendo es el crecimiento de las viviendas, lo que conocemos por *densificación...*» (Ontiveros, 1994:16).

Los procesos crecientes de densificación (Bolívar *et al.*, 1991,1993,1994; Bolívar, 1993) han ido modificando, por las mismas urgencias familiares y colectivas, la vida en el barrio. Es importante puntualizar igualmente que estos procesos de crecimiento (densificación, horizontal-vertical) no son ajenos a la ciudad en su conjunto; esta metamorfosis se está originando en toda la sociedad, por ejemplo, con cierto dramatismo en los sectores medios de la población,

pero nuestras investigaciones nos llevan a exponer los impactos de la densificación en la cotidianidad del barrio.

En efecto, muchas familias, intentando resolver los problemas de vivienda a los suyos y a otros pobres de la ciudad, han comenzado a ampliar sus viviendas tanto horizontal como verticalmente, entonces, comienza a predominar un interés más personal que colectivo, ya que el ampliar o mejorar la casa no es precedido por un reflexionar en comunidad de los pros y los contras de cualquier proceso de transformación del hogar. Estos cambios que se van dando individualmente, tienden a crear agrupaciones de viviendas donde la altura y la reducción de los espacios públicos van tapando la casa del vecino, los hogares se van amurallando, y donde el sol irradiaba sus luces, hoy en día sólo podemos encontrar penumbra, muy poca ventilación. Las mismas relaciones entre los vecinos se están viendo afectadas por estas formas individuales familiares de resolver los problemas de la vivienda. En una reciente investigación coordinada por la arquitecta Teolinda Bolívar, encontramos en dos barrios de la ciudad capital que "...en el plano de las relaciones humanas y de las redes vecinales, el crecimiento actual (...) ya ha empezado a desmejorar las relaciones y a producir indiferencia entre los vecinos, originando conflictos por problemas de ruidos, contaminación. Asimismo, a muchas familias, el crecimiento de las viviendas vecinas les ha afectado y originado problemas, tales como falta de ventilación e iluminación en las viviendas, humedad, filtraciones, visibilidad, acumulación de basura, miedo a que las viviendas se caigan, e incluso, en muchos niños, las enfermedades respiratorias han recrudecido (...) Cabe hacer notar que evidentemente la *vida cotidiana y calidad de vida* (...) se han visto fuertemente afectadas" (Bolívar *et al.*, 1994:155).

Esto nos indica que el barrio va creciendo, pero no en la misma medida sus servicios y equipamientos; así, el hábitat popular se va degradando, paradójicamente, por aquellos que

construyeron progresiva y permanentemente sus casas y el barrio, igualmente por aquellos que van incorporándose constantemente al barrio. Sin embargo, es dable advertir que estos procesos que afectan perversamente al hábitat popular, son producto de un Estado que no logra adecuarse a las necesidades sociales, económicas, educativas, laborales, de los pobres urbanos. No sólo no se logra la adecuación sino que va en ascenso la segregación, la radicalización de la pobreza, debido a las medidas económicas extremadamente privativas de una mejor calidad de vida de los pobres urbanos. Esto no sólo demuestra que el barrio tiende a deteriorarse, sino que hoy en día muchas familias, en un país donde la riqueza se ha malversado, deben vivir en calles, en sótanos de edificios, en barracas. Por el efecto sorpresa que producen las familias en la calle, nómadas urbanos, la vida en las barracas indudablemente inhumana, pasa desapercibida o no es tomada en cuenta en toda su dimensión social.

De lo anteriormente expuesto debe desprenderse la siguiente reflexión: debemos estar atentos a una lectura cualitativa de los procesos de densificación, es decir, más allá de afirmar que los altos grados de ocupación del espacio (densificación) son negativos *per se*, debemos evaluar si a la par de este crecimiento se satisfacen diversas necesidades del espacio habitado. En el caso que nos compete, venimos observando cómo se establece una relación dispar entre el crecimiento de los barrios y la fragilidad de insuficiencia de los servicios y equipamientos urbanos, la precariedad en que se construyen las viviendas, así como el predominio de un interés individual afectando al colectivo. Sumados estos elementos y quizás otros no apuntados, podemos dar cuenta de los efectos perversos de la densificación; así, estos territorios van perdiendo sus referentes socioculturales, modificándose las relaciones y el sentido de pertenencia sociales.

Otro elemento que viene impactando y afectando considerablemente la vida del barrio, es la existencia de bandas de

niños y adolescentes, grupos que por el control de la droga u otras actividades "delictivas", mantienen en zozobra a los mismos habitantes de sus barrios. El manejo y control de estas actividades han llevado a nuevos usos de los espacios colectivos: canchas deportivas, esquinas, pequeñas plazas de los barrios, se observan en ocasiones ocupadas por estos jóvenes. Los habitantes están obligados a modificar sus recorridos cotidianos debido a las delimitaciones y apropiaciones territoriales que van ejerciendo las bandas, igualmente los enfrentamientos armados entre las bandas han originado muchas pérdidas humanas (especialmente de niños y jóvenes), ello es indicador de que hoy en día la violencia se juega hasta la última apuesta, donde la transgresión al mismo barrio ha irrumpido en su vida cotidiana, en sus fiestas, juegos, conversaciones, actividades religiosas, culturales, etc.

La violencia real e imaginaria ha conducido a que se recrudezca el estigma por parte de otros grupos sociales con respecto al habitante del barrio, muy especialmente sobre los jóvenes. Por vivir en el barrio, se va creando, como señala el antropólogo Júlio De Freitas (1995), el estereotipo "del bárbaro de los zapatos de goma", esto es, se hace sospechoso cualquier habitante (particularmente el hombre del barrio, adulto o joven), por su color de piel, su forma de vestir, de hablar y gesticular, etc.

La violencia y la represión policial también se han incrementado dentro y fuera del barrio. Cualquier hombre, adolescente

y hasta niño del barrio, pueden ser vejados, maltratados y, al decir de muchos pobladores, tratados como basuras.

Esta violencia dentro del barrio (por las bandas, la represión policial) y fuera de él (por la policía y por otros grupos sociales), va originando indudablemente un resquebrajamiento, fisuras en la personalidad colectiva. Procesos que dan lugar a momentos de violencia y de calma aparentes, como lo observan habitantes de zonas de barrios donde hemos realizado nuestras investigaciones.

Objetivamente debemos expresar cómo la violencia se ha incrementado y recrudecido en los barrios, pero esta objetividad también nos obliga a indicar que esta violencia es la consecuencia de la violencia estructural que consume a la realidad ciudadana.³ La sociedad urbana en general, es bueno subrayarlo, sufre estos procesos de violencia, hoy en día ningún espacio de la ciudad está al margen de la inseguridad y las intensas presiones del uso del espacio doméstico. Por tanto, pensar que la violencia del barrio es producto del «espíritu violento» (sic) de sus habitantes o que la violencia que se practica día tras día en nuestras ciudades es exclusiva de los barrios «...es no sólo inmoral desde cualquier punto que se le vea, sino además absolutamente irracional y peligroso; pues, de no buscar verdaderas soluciones a este problema, que está más relacionado con una inconmensurable exacerbación del individualismo y culto a los bienes materiales, y a una escandalosa brecha social entre una minoría que lo posee todo y para la que la impunidad se ha

3/ Es importante destacar las investigaciones de los sociólogos Y. Pedrazzini y M. Sánchez al respecto (1992). Hoy día sus escritos constituyen referencias obligadas para entender la problemática de los malandros, las bandas y los niños de la calle; además, sus análisis acerca de los procesos que han conllevado a la "desestructuración urbana y a la cultura de urgencia" en las ciudades latinoamericanas, deben servir de orientación para entender las estructuras subyacentes en el complejo fenómeno de la violencia urbana. Igualmente no hay que perder de vista el avance investigativo que sobre la eficacia del discurso sobre violencia popular urbana viene realizando el antropólogo J. De Freitas (1995).

convertido en modo de vida, y una mayoría que no sólo no posee nada, sino que además es tratada como poco menos que humana y "subnormal", es, simplemente, fomentar esa violencia hasta extremos insoportables para cualquier grupo humano» (De Freitas, 1995:157).

II/ ROTURAS Y DESCOSIDOS DEL TEJIDO SOCIAL POPULAR

Estas nuevas etapas en la producción y reproducción de los espacios populares han ido originando un *estremecimiento de la identidad local y memoria popular urbana*, debido a que la «armonía conflictiva», las fragmentaciones sociales, las pluralidades de memorias, las delimitaciones territoriales producto del fluido y tránsito de personas de un lugar a otro, la violencia intra y extrabarrío, van demarcando nuevos procesos en el interior del hábitat popular. Observamos que se está produciendo una segunda ola de procesos sociales en el barrio. El amarre de una identidad en un espacio creado o recreado lleva consigo muchos años de solidificación, al producirse éste, surgen las condiciones socioestructurales ya descritas, que van contribuyendo (en negativo) a una rotura, a un «descoser del tejido social» popular, he allí donde el sentido de la identidad territorial⁴ en su doble proceso de afectividad y distanciamiento, en las condiciones antes descritas del barrio, pareciera jalonar hacia este último, ya que «...en estos últimos años el habitante [del barrio] vive un proceso de arraigo-desarraigo, negación y sentido de pertenencia. Psicosociológicamente está inmerso en una situación de fuertes contradicciones y confrontación con su

vida en el barrio, con una tendencia que se aproxima más a la querencia al barrio (...), pero que puede llegar a cruzar la frontera hacia el distanciamiento y el desarraigo» (Ontiveros, 1994:18). En esta lucha entre la apropiación y desapropiación territorial, encontramos que muchos habitantes de barrios se han movilizado intentando despertar y recuperar el espíritu de lucha que los caracterizaba.

En efecto, son muchos los movimientos y acciones populares que constantemente ebulen para dar cuenta de la crisis y la necesidad de la «recuperación de sentido» de la dinámica del barrio. Los mismos habitantes en algunos barrios de altos grados de ocupación del espacio consideran necesario reglamentar, buscar soluciones colectivas a esos crecimientos galopantes que están reduciendo las posibilidades de una mejor calidad de vida, en tiempos de radicalización de la pobreza, de la violencia y de los antagonismos de clases.

Muchas organizaciones comunitarias han comprendido que emprender la lucha por una vivienda digna y una rehabilitación integral del hábitat pueden ser generadoras de otras mejoras sociales, pero definitivamente no es tarea fácil: «...existen en Venezuela organizaciones comunitarias que se han ido afirmando a lo largo del tiempo (...) Pensamos en el caso de Guaicoco y de Mamera [dos barrios de Caracas] (...) A través de estas formas organizativas han logrado los habitantes responder a exigencias de solidaridad y establecer reglas de convivencia. Se dividen los trabajos, y cada cuadra, cada manzana, tiene sus responsables. El problema a

accionadores de respuestas individuales y colectivas, pero puede ocurrir que el conflicto desencadene en la pérdida de la identidad, cuando el sentimiento de extrañamiento en relación con "nuestro propio barrio" arriba hasta la alienación y pérdida de la personalidad colectiva» (Ontiveros, 1995:39).

4/ Decíamos en otro trabajo que la **identidad** del habitante en relación con su territorio «... se condensa a partir de la relación afectiva que se establece con su barrio y su hábitat, pero esa relación afectiva, en un sentido dinámico, conjuga el sentimiento de especificidad, pero también de un distanciamiento; en ese juego dialéctico, apropiación-desapropiación, se pueden regular o autorregular los procesos identitarios, y con ella la permanencia de una memoria colectiva. Las tensiones y ciertos distanciamientos en relación con el territorio, pueden reforzar los lazos existentes de los individuos con su lugar, ya que se convierten en mecanismos de advertencias y

resolver para los habitantes no es sólo llegar a tener un techo, los servicios fundamentales y equipamientos, ellos requieren también conservar la calidad del medio ambiente construido y esto no es fácil en una sociedad donde muchas veces la casa familiar tiene que convertirse en la casa para las nuevas familias de los descendientes o se le tiene que hacer subdivisiones para tener piezas para alquilar y hacerse, a través de esto, de unos ingresos que permitan luchar contra la inflación» (Bolívar y Ontiveros, 1995:216).

Tampoco es fácil cuando a los intentos de participación de los habitantes se le suman otras formas de entender la organización y participación de éstos en la mejora de su hábitat. Nos referimos a la acción del sector público y privado, igualmente a la participación de las Organizaciones no Gubernamentales (ONG's) en programas tendentes a la «resolución de los problemas del hábitat popular».

No es que nos neguemos a la incorporación de estas instituciones a la búsqueda de soluciones que son tan urgentes, necesarias y difícil de desplazar en el tiempo y en el espacio, pero sí nos llama la atención las lógicas que fundamentan la intervención de éstas en las dinámicas particulares de los barrios.

En un reciente trabajo realizado por la arquitecta Teolinda Bolívar y quien escribe este artículo, denominado «Participación de la población en programas de vivienda. Situación actual. Perspectivas y propuestas de solución. El caso venezolano», destacábamos después de un detenido análisis de por lo menos seis instituciones entre públicas y privadas y sus acciones en pro del mejoramiento de la vivienda, que uno de los intereses principales consistía en insistir en la *participación popular*, pero entendida ésta como la posibilidad de organizarse la población en asociaciones proviviendas para lograr el mejoramiento y ampliación por parte de aquellas familias que pudieran dar cara a

los créditos otorgados por estas instituciones. Encontrábamos que esta forma de entender la participación sobre la base de un modelo ya estatuido, negaba la posibilidad de ser implementadas formas particulares y potenciales de entender la participación por los mismos habitantes de los barrios; igualmente, uno de los aspectos que nos parece más riesgoso dentro de este esquema de entender la resolución del problema de la vivienda es ¿quién será el verdadero beneficiario dentro del barrio?, ¿todo el barrio o apenas algunos de sus integrantes? Decíamos al respecto: «Somos los primeros en reconocer la heterogeneidad de los barrios, éstos están conformados por familias de diversos ingresos –desde muy escasos: pobreza crítica, hasta comparable a ingresos altos– (...) Desde el punto de vista morfológico podemos encontrar que algunas familias habitan en ranchos, otras en casas y edificaciones de barrios de calidad comparables a construcciones de urbanizaciones y/o centros de ciudades, familias con diferentes tipos de instrucción, etc. No obstante, lo que queremos resaltar es cómo la participación [según las asociaciones de viviendas] está evidentemente condicionada a las posibilidades económicas del habitante del barrio, esto quiere decir que los programas de mejoramiento de vivienda, en un juego de palabras, llega a los más solventes de la población no solvente del país, a los menos pobres entre los pobres, a los que dentro del barrio quizás puedan contar con unos ingresos que permitan pagar los créditos obtenidos. Dentro de la heterogeneidad del barrio, encontraremos que este tipo de programa *privilegia* indirectamente a aquellos que más tienen dentro de la comunidad (...) En definitiva, el radio de acción de estos programas no sólo es de corto alcance, sino extremadamente selectivo (socios-no socios, capacidad económica vs. pobreza crítica, etc.), estos proyectos podrían por tanto, incentivar prácticas individualistas y la lucha inmediata por los logros personales-familiares más que del colectivo, otro obstáculo que no nos permitiría hablar de una real participación» (Bolívar y Ontiveros, 1995:210).

Esto nos demuestra que en la concepción que se tiene para la búsqueda de las soluciones al problema del hábitat popular no se ha tomado en cuenta las aspiraciones y prácticas de los habitantes de los barrios, la tendencia es, igualmente, a la segregación y exclusión al interior del mismo espacio autoproducido, ya que así entendida la participación y el mejoramiento de la vivienda y del barrio en su conjunto, más bien se puede lograr la descomposición de las solidaridades familiares y comunitarias.

Una participación real, esto es, el diálogo, negociación y concertación entre pobladores e instituciones públicas y privadas, pareciera no estar a la orden del día, son muchos los intereses que se juegan cuando se da la *palabra*, y cuando el ciudadano intenta modificar las piezas de las relaciones desiguales que se establecen, por ello «...la participación de los habitantes promovida por organismos del Estado tiene sus límites, y su finalidad es más bien que ésta coadyuve a la paz social y a la reproducción del sistema. Los partidos políticos en el poder o los partidos del estatus, no parecen dispuestos a permitir la expresión de los sectores dominados. Pueden erigirse como sus representantes, pero la expresión deseada pareciera ser la que convenga a los intereses de los sectores de la clase dominante.

Esta misma motivación y comportamiento es la que subyace o explica la actitud de instituciones privadas que llevan a la práctica programas de participación en los barrios. En éstos, la expresión de los involucrados es aceptada según lo establecido en los reglamentos.

La posibilidad de que se desarrollen organizaciones donde la iniciativa venga de los que la conforman, es muy difícil que llegue a crecer y florecer. En el caso de iniciarse, diversos métodos y astucias servirán para abortar procesos, o para reencaminar lo que pueda conducir a situaciones consideradas indeseadas y hasta peligrosas a los intereses de distintas

fracciones de la clase dominante» (Bolívar y Ontiveros, 1995:214).

Es esta panorámica estructural en la que se inserta el hábitat popular la que nos obliga a reflexionar acerca de la participación integral y las innovaciones sociales venidas de los grupos populares urbanos, así como la de otros agentes sociales intervinientes en la mejora de la calidad de vida en los espacios autoproducidos.

III/ SENTIDO DE PERTENENCIA, EXPRESIÓN Y CIUDADANÍA. PRINCIPIOS POR LA RECONSTRUCCIÓN DE UN HÁBITAT CREATIVO (Cultura y costura del hábitat popular)

En primer lugar, somos partidarios del esfuerzo que vienen realizando desde hace muchos años algunos investigadores y, entre ellos la arquitecto Teolinda Bolívar, en la necesidad de *reconocer* los espacios autoproducidos, como parte de la trama urbana, ello indefectiblemente obliga a dejar atrás los procesos de estigmatización e invisibilización que han vivido los territorios populares urbanos, e igualmente obliga a asumir los retos de la rehabilitación integral.

Como antropólogo social, estamos convencidos de que sin la noción del espacio, del territorio como generador de referentes culturales, *no hay memoria*. Cuando hablamos del territorio (en este caso del popular) queremos imponerle la fuerza de lo que significa un territorio vivido, apropiado material y simbólicamente, donde nuestras raíces o quizás historias individuales se asientan y rememoran cotidianamente, porque el «territorio fue y sigue siendo un espacio donde habitamos con los nuestros, donde el recuerdo del antepasado y la evocación del futuro permiten referenciarlo como un lugar que aquél nombró con ciertos límites geográficos y simbólicos. Nombrar el territorio es asumirlo en una extensión lingüística e imaginaria; en tanto que recorrerlo, pisándolo, marcándolo en una u otra forma, es darle entidad

física que se conjuga por supuesto en el acto denominativo.

(...) denominar y recorrer, han de evolucionar hacia el encuentro de la región llamada territorio, como entidad fundamental del microcosmos y la macrovisión» (Silva, 1992:48). Dicho esto, quizás sea comprensible nuestra insistencia en la importancia que envuelve al territorio barrio, máxime cuando muchos de ellos son barrios con muchos años de fundados y formados. Por ello nos parece de vital trascendencia cuando en reuniones internacionales donde se intentan formular guías para la resolución del hábitat precario, insisten en el reforzamiento y estímulo de las dinámicas, el reconocimiento de las diferencias al interior de los espacios autoproducidos y en la identidad del barrio, encontramos elementos clave a ser tomados en cuenta en su rehabilitación integral (Declaración de Caracas, 1991; Declaración de Salvador de Bahía, 1993), es así como «[poner] el acento en el hecho cultural demuestra una comprensión sin parangón de la importancia que se le atribuye al espacio barrio como generador de cultura, mucho más aún, es reconocer que toda mejora en los aspectos económicos y técnicos debe indefectiblemente tomar en cuenta el referente cultural, el cómo se representan, cómo ha sido el devenir de la historia local en las comunidades populares urbanas» (Ontiveros y De Freitas, 1995).

El reconocimiento de la creación del barrio como hecho cultural debe hacerse desde afuera (la ciudad) y desde adentro (el barrio), ello implica la afirmación y el sentido de pertenencia al barrio y a la ciudad. Nos parece interesante la

reflexión que realiza el sociólogo Tulio Hernández acerca del sentido de pertenencia que debe tener el urbano con su ciudad, creemos que es igualmente aplicable al barrio; mucho más, partimos de la base que no se trata de separar el barrio de la ciudad, por ello el habitante del barrio no sólo debe sentirse y/o recuperar su sentido de pertenencia a su espacio creado, sino que debe igualmente sentirse habitante de la ciudad. En relación con el sentido de pertenencia, es Hernández quien habla «...significa hacer del espacio físico, de las ciudades [del barrio] y de la memoria histórica local una fuente de arraigo, de comprensión y de conocimiento sobre el lugar en el que nos corresponde vivir. Nadie actúa a favor de algo, participa en mejorar algo si no tiene un mínimo de admiración y de amor por ese algo. Así ocurre con las ciudades [y los barrios]. Y si queremos ciudadanos más participativos (...), es necesario que esos ciudadanos, conozcan, entiendan y se comprometan con los espacios en los que habitan» (Hernández, 1994:10-11).

En nuestra opinión, es la recuperación del sentido de pertenencia un arma importantísima en el incentivo de la organización y participación por un hábitat digno, pero igualmente lo es la posibilidad de *expresión*, lo que permitirá la creatividad y búsqueda de soluciones en el mejoramiento de la calidad de vida en los espacios autoproducidos.

Los intentos por una verdadera organización y participación implica un proceso⁵ en el cual es propicio hacer despertar a los habitantes de los barrios de la desesperanza, de la

5/ Nos hemos referido en varias oportunidades a la noción de proceso, la definición del etnólogo P.H. Chombar De Lauwe nos parece contundentemente clara y precisa: «...encadenamiento de fenómenos cuya sucesión incita la modificación de una situación o de una estructura» (Citado por Solinis, 1990:17).

vergüenza social (en muchos casos étnica) y de la sumisión. La participación "desde abajo" debe develar los procesos de legitimación de las desigualdades sociales, económicas, culturales, políticas, etc., es por ello, que difícilmente en las condiciones actuales, se permita cualquier intento de saltar cualitativamente de simples habitantes a *sujetos sociales*, a *ciudadanos*; así vistas las cosas, tiene sentido desde una sociedad castradora del crecimiento de sus miembros, abortar cualquier intento de expresión. Promover un modelo de participación de acuerdo con los intereses prefijados, es la carta del día. Pensamos que los habitantes de los barrios deben dejar de ser considerados ciudadanos de segunda o de tercera categoría para ser ciudadanos (Bolívar, 1995).

Evidentemente, el paso de habitante a ciudadano trae implícito el juego de poderes, los conflictos «...que refleja las luchas acerca de quiénes podrán decir qué...» (Jelin, 1993:25), esto es, ¿seguirán siendo las instituciones (públicas, privadas) u otros agentes, los ventrílocuos, los traductores de la realidad del barrio? Es necesario superar la «cultura clientelista», la cultura de la dádiva y de la permanente deuda en que parecieran sentirse los sectores populares, es necesario traspasar estas fronteras que legitiman con más fuerza el poder venido desde arriba y comenzar a formar una sociedad con *derechos y responsabilidades*, y en esta asunción de los derechos, como bien lo explica Elizabeth Jelin, no se trata de tener una lista de derechos específicos, se trata de luchar por el derecho a tener derechos: «Esto incluye el compromiso *cívico*, centrado en la participación activa en el proceso público (las responsabilidades de la ciudadanía) y los aspectos simbólicos y éticos, anclados en inclinaciones subjetivas que confieren un sentido de identidad y de pertenencia a una colectividad. O sea, aquello que promueve la conciencia de ser un sujeto con derecho a tener derechos. Esta dimensión cívica de la ciudadanía está anclada en los sentimientos que unen o atan a una colectividad ...» (Jelin, 1993:26).

Igualmente, las opiniones del Grupo de Vézelay (FPH, 1993) en torno a las estrategias de acción por un mundo responsable y solidario, nos parecen certeras y muy dignas de tomar en cuenta, muy particularmente su punto de reflexión en lo que respecta a las relaciones entre gobierno y pobladores, «(...) ello implicaría que tanto gobernantes como pobladores se involucren en una acción colectiva. Ni dejar descansar las responsabilidades en el gobierno únicamente (global-local), ni en los pobladores, por eso, nos parece innovador (...) cuando el grupo de Vézelay nos habla del principio de *subsidiaridad activa* (...). Ello nos da elementos para pensar que más allá de la tan cacareada autogestión, en cualquiera de sus manifestaciones, debemos hablar de mecanismos que permitan que la comunidad de base equilibre sus *derechos y deberes*, compartan obligaciones y vías múltiples de resolver *colectivamente* los problemas que aquejan a todos, muy especialmente a los sectores más desposeídos y en constante proceso de exclusión» (Bolívar y Ontiveros, 1995:212).

El sentido de ciudadanía (con deberes y responsabilidades) es lo que permitirá el diálogo, la negociación y la concertación en la búsqueda de soluciones integrales pro mejora de los espacios autoproducidos. Esta trilogía constituye una herramienta clave para entender las *innovaciones en torno al hábitat creativo*.

Pero igualmente se debe agregar que en estas innovaciones y estrategias se debe tomar en cuenta que la lucha por la mejora del hábitat (barrio-casa) debe incorporar la lucha por superar los problemas estructurales vividos por los sectores de menos recursos. Las palabras del señor Luis Morín, trabajador comunitario, miembro de la Asamblea de Barrios de Caracas (ABC), en una reciente entrevista, son ilustrativas de lo indicado: «Al discutir sobre vivienda, también tenemos que discutir sobre la situación tan precaria en que vivimos. Y no podemos olvidar que esta situación misma es la que origina los problemas tan graves de violencia que padece-

mos. Por eso, nuestro interés en intentar encontrar soluciones a un problema que definitivamente debe verse como «integral». Cada vez que se intenta construir grandes soluciones habitacionales, tipo superbloques, van a seguir ocurriendo problemas de este tipo. La vivienda no se puede ver simplemente como una manera de lograr que la gente viva mejor. La misma debe abarcar desde problemas como la educación, la situación de la salud hasta el tema de la participación de las comunidades (...). Ello, porque quien no tiene sentido de pertenencia por su barrio, difícilmente participe o asuma el protagonismo que le corresponde...» (*Ciudades de la Gente*, 1995:4).

BIBLIOGRAFÍA

- AMODIO, E. (1995)
«La medicina popular urbana en Caracas». En: Amodio, E. y T. Ontiveros (eds.). *Historias de identidad urbana. Composición y recomposición de identidades en los territorios populares urbanos*. Caracas: Fondo Editorial Tropykos-Ediciones Faces-UCV.
- BOLÍVAR, T. (1993)
«Densificación y metrópoli». En: *Urbana*. Revista del Instituto de Urbanismo, Facultad de Arquitectura y Urbanismo. Nº 13. Caracas.
- BOLÍVAR, T. (1995)
«Construction et reconnaissance des barrios urbains du Venezuela». En: *Les annales de la recherche urbain*. Nº 66. París.
- BOLÍVAR, T. et al. (1991)
«Los barrios. Nueva forma de urbanización contemporánea (Contribución a su análisis)». En: Bassand, M. y J.C. Bolay (Coord.), *Hábitat creativo, cultura y participación*. Lausana.
- BOLÍVAR, T. (1991)
Problemas de la densificación de los barrios caraqueños y sus consecuencias. Informe final. 1era. etapa (Inédito).
- BOLÍVAR, T. (1993)
Problemas de la densificación de los barrios caraqueños y sus consecuencias. Informe final. 2da. etapa (Inédito).
- BOLIVAR, T.; GUERRERO, M.; ROSAS, I.; ONTIVEROS, T. y DE FREITAS, J. (1994)
Densificación y vivienda en los barrios caraqueños. Contribución a la determinación de problemas y soluciones. Caracas: Mindur-CNV (Premio Nacional de Investigación en Vivienda, 1993).

BOLÍVAR, T. y ONTIVEROS, T. (1995)
 "Participación de la población en programas de viviendas. Situación actual. Perspectivas y propuestas de solución. El caso venezolano". En: Menjivar de Sintigo A.S. (coord.). *Hacia hábitat II: el rol asignado a la participación popular en las políticas de vivienda en América Latina. Estudio de caso*. Programa de Ciencia y Tecnología para el Desarrollo. Red XIV.B Viviendo y construyendo. CYTED. San Salvador, El Salvador.

Ciudades de la Gente, Latinoamérica por la rehabilitación integral de los barrios (1995). Nº 1, marzo. Caracas.

Declaración de Caracas. Sobre rehabilitación de barrios (1991) Encuentro Internacional de Rehabilitación de los Barrios del Tercer Mundo. Caracas. Noviembre. En: *Tecnología y Construcción*, Nº 7/8. IDEC/UCV. Caracas.

Declaración de Salvador de Bahía (1993) Reunión internacional promovida por la Fundación para el Progreso del Hombre (FPH) y el gobierno brasileño. Brasil. Noviembre. *Tecnología y Construcción*, Nº 10. IDEC/UCV. Caracas.

DE FREITAS, J. (1995)
 «Bárbaros, armados y peligrosos: la eficacia del discurso sobre violencia popular urbana». En Amodio, E. y T. Ontiveros (editores). En *Historias de identidad urbana. Composición y recomposición de identidades en los territorios populares urbanos*. Caracas: Fondo Editorial Tropykos-Ediciones Faces,UCV.

Fundación para el Progreso del Hombre (1993)

Plataforma por un mundo solidario y responsable. Paris. FPH.

HERNÁNDEZ, T. (1994)
 «El municipio, la ciudad y la cultura». En: *Encuentro Nacional Cultura, Municipio y Ciudad*. Septiembre 14 al 17. Fundarte-Alcaldía de Caracas. Caracas.

JELIN, E. (1993)
 «¿Cómo construir ciudadanía? Una visión desde abajo». En: *Revista Europea de Estudios Latinoamericanos y del Caribe*, Nº 55, Diciembre. Países Bajos/Netherlands.

ONTIVEROS, T. (1995)
 «Densificación, memoria espacial e identidad en los territorios populares contemporáneos». En: Amodio, E. y T. Ontiveros (editores). *Historias de identidad urbana. Composición y recomposición de identidades en los territorios populares urbanos*. Caracas: Fondo Editorial Tropykos-Ediciones Faces,UCV.

ONTIVEROS, T. (1994)
 «Itinerarios en la conformación de una identidad popular urbana. Caso Caracas». En: Amodio, E. (organizador). *La formación histórica de identidades regionales y étnicas en Venezuela*. XLIV Convención anual de la Asovac. Coro, Venezuela.

ONTIVEROS, T. y DE FREITAS, J. (1995)
 «Memoria, identidad y proyecto en los barrios». En: *Ciudades de la Gente*. Latinoamérica por la rehabilitación integral de los barrios, Nº 2, junio. Caracas.

PEDRAZZINI, Y. y SÁNCHEZ, M. (1992)
Malandros, bandas y niños de la calle. Cultura de urgencia en la metrópoli latinoamericana. Valencia, Venezuela: Vadell Hermanos Editores.

SILVA, A. (1992)
Imaginario urbano. Bogotá y São Paulo. Cultura y comunicación urbana en América Latina. Tercer Mundo Editores. Colombia.

SOLINIS, G. (1990)
 «14 resultats suivis de 14 questions sur l'habitat auto-construit». En: Bassand, M. y J. C. Bolay (coords.). *Hàbitat creatiu, cultura y participació*. Lausana.